

Superestructura

Por Bill Jiménez

Conocimos a Bravo en su momento de mayor desgracia, justo antes de las muchas demandas recibidas tras la batalla final contra Erratus, su archienemigo. En los vídeos de YouTube que registraron el enfrentamiento, grabados con cámaras de móvil y a una distancia prudente de la destrucción, aparece Bravo con la chupa de cuero que caracterizó a su etapa superheroica y una de las camisetitas de Black Sabbath que solía vestir pese a la infinidad de quemaduras de cigarro y rayo láser que las adornaban. Bravo siempre fue fan de Black Sabbath, desde joven, aquellos tiempos en los que vivía ajeno a su origen alienígena. Ni su amplio repertorio de habilidades impedía que se pasara horas y horas aburrido en su habitación, oyendo en bucle las canciones que, cada treinta minutos, descargaba de Napster. Ni su fuerza, diez veces superior a la humana, ni su resistencia, en una proporción similar, nunca le evitaron la frustración de perder una descarga cuando esta se hallaba al noventa y cinco por cien de completarse. Tuvo sentido que, al alcanzar la madurez, abandonara la granja de sus padres adoptivos en busca de los estímulos que, decían sus amigos, hallaría en la gran ciudad. Así, con una mochila y tres bocadillos elaborados por su madre, preocupada tanto por su alimentación como por las amistades que su hijito haría en Ultraville, Bravo subió a un autobús que durante ocho horas maltrató sus marcianas pero resistentes posaderas. En el camino, aparte de devorar los bocatas, atendió a las dos películas y al documental sobre el realizador Jean Epstein que pasaron en el autobús. La definición de la tele de tubo era tan pobre que obligaba a los pasajeros de los asientos posteriores a agudizar la vista. Resol-

vieron pedirle a Bravo, que aparte de fuerza y resistencia también gozaba de visión telescópica, que les describiera las escenas sumergidas en claroscuros que eran incapaces de distinguir. Así fue como, en uno de estos ejercicios de solidaridad, conoció a Justin, exsuperhéroe y veterano de las guerras contra los invasores Anauri que, no solo echó pestes de su antiguo oficio, también criticó a la actual administración de haber abandonado a su suerte a los patriotas como él, que no solo pusieron en peligro sus vidas combatiendo a una amplia variedad de amenazas llegadas del espacio exterior, también, en la mayoría de casos, habían sacrificado su cordura en situaciones de extremo dramatismo. Imagina, explicó Justin, lo jodido que puede llegar a ser enfrentarse a una horda de extraterrestres feos de la hostia, rodeado de misiles que debes neutralizar antes de que alcancen la atmósfera terrestre y decimen a medio planeta. Acabas el día con los pelos de punta, los nervios a flor de piel y, sobre todo, mal de la chaveta. Así le ocurrió a mi compadre Solar Flare. ¿Oíste hablar de él? A Solar Flare se le fue la olla y tuvimos que quitarlo de la circulación antes de que se volviera una amenaza ingobernable. Le dominaron los delirios de grandeza, incorporó a su discurso el plural de cortesía y, en uno de sus frecuentes episodios de locura, derrumbó un par de edificios sin motivo aparente. Murieron treinta personas y, como no existe psiquiátrico que pueda albergar a un locatis de su categoría, concluimos en echarlo a patadas del planeta para que reflexionara sobre sus actos. Al parecer, lo hizo, el tío se arrepintió de ellos, aunque pienso que ya no volverá, pues sabe que si pone un pie en la Tierra le lloverán las demandas y, desde el caso Epidemia que ningún ciudadano con habilidades especiales ha vuelto a librarse de la cárcel alegando locura transitoria, posesiones demoníacas o la influencia de un psíquico maligno. Un desastre, tío. Solar Flare echó a perder su vida por

alargar la jornada laboral. ¿Y cuál fue su premio? Un destierro entre satélites y estaciones espaciales olvidadas. Y ya no te hablo de los remordimientos, pues esa es la peor parte, querer hacer las cosas bien y que un fallo en tu coco te la juegue a las primeras de cambio. Bravo asintió antes de preguntarle por el grupo de superhéroes al que había aludido y al que, por sus palabras, Justin estuvo afiliado. Otra mierda, dijo el veterano. Demasiados egos, demasiadas disputas por ver quién era el más poderoso, quién dirigía el cotarro, quién trabajaba mejor en equipo, quién daría la cara ante el público... Me salí de toda esa hipocresía antes de que me comiera. No quise acabar como Solar Flare, aunque en mi caso habría desintegrado, más que edificios, a alguno de mis compis. Disculpa si me reservo los nombres. Menudos inútiles. Y ahí fue cuando Bravo le preguntó con interés por su nombre de batalla, y Justin dijo: Pierrot, Pierrot Láser. Era el único disponible cuando me puse las mallas por primera vez, ¿y tú, ya tienes pensado el tuyo? Pues yo creo que me seguiré llamando Bravo, paso de nombres código a no ser que trabaje para el Gobierno. Justin se echó a reír, murmuró algo así como sigue soñando y no le solicitó más descripciones periscópicas de las pelis, pues se pasó el resto del viaje dormitando, puede que soñando con los tiempos en los que las masas le aclamaban y la nomenclatura de Pierrot Láser gozaba de prestigio.